

Cambio de época, ¿cambio de paradigmas? Resultados inciertos

Cada vez más se considera en ámbitos especializados que la política mundial ha entrado ya en tiempos de acomodamientos inexorables. La necesidad de evitar una confrontación letal entre intereses nacionales o de bloques terminará por definir –tarde o temprano- un nuevo orden internacional y su correspondiente esquema de seguridad. Lo cual implica, desde luego, desplegar un desgastante juego de poder, en el cual cada estado preparará su estrategia geopolítica -para el largo plazo, por definición- movilizándolo recursos tangibles e intangibles en un contexto de constante interdependencia y crecientes escaseces. Por eso, la calidad de las dirigencias adquiere como nunca singular relevancia.

Hipótesis de trabajo

Así fue siempre y probablemente así seguirá, pues se trata de política y de seres humanos. En esta oportunidad, el cambio de rumbo implica reafirmar algunas *reglas de juego* todavía adecuadas para los tiempos que corren, descartar otras e imaginar nuevas, en función de una previsible multipolaridad de bloques antes que de países singulares. Estados-continentes (aquellos con gran extensión geográfica y población como Brasil, China, Estados Unidos, India, Indonesia, Rusia, la UE en conjunto -pese a su presente crisis existencial-), de estados con importante extensión territorial pero baja población proveedores de materias primas (Australia, Argelia, Argentina, Canadá, Congo, Sudáfrica), estados que bordean o han superado los 100 millones de habitantes (Egipto, Filipinas, México, Nigeria) y siempre -e ineludiblemente- Japón, inciden en el rediseño político. Juntos o revueltos regentan, convergen o divergen en organizaciones internacionales, bloques y “grupos” (BM, FMI, OCDE, OIEA, OMC, OEA, ONU, OTAN, OUA; ASEAN, Mercosur, NAFTA, UE; G 8, G 20, G 77, por citar los más conocidos), y juegan con distinto protagonismo, escala y suerte en esta partida de ajedrez global.

En verdad, hay claros signos que convocan a pensar en un tiempo de mutaciones: cambio de época y por ende de paradigmas; pero ¿cuáles? Sin entrar a debatir la precisión de la expresión, el *cambio epocal* presupone un giro de 180º en el comportamiento de los estados nacionales, cuya vigencia histórica fue puesta en tela de juicio pero continúan siendo sujetos y actores principales del derecho y la política internacionales. No puede haber comunidad internacional sin estados y si hubiese un gobierno supranacional universal, no estaríamos escribiendo esta nota. Tampoco puede negarse la incidencia en los asuntos mundiales de nuevos actores no estatales, no todos surgidos en buena ley, cuya presencia obliga a registrarlos a la hora de tomar decisiones políticas.

También urgen cambios en las conductas personales, ya que sin aquellos no hay demasiado margen para mutaciones positivas.

¿Cuestión de épocas, sistemas... o de comportamientos individuales?

El huevo o la gallina. De hecho, épocas y sistemas han cambiado por la incidencia de personas de carne y hueso que inventaron tanto instrumentos -brújula y astrolabio, bombas nucleares y cohetes, vacunas y microchips- como doctrinas para armar el orden político e institucional de los distintos pueblos del mundo.

Ese otro nivel de análisis adquiere, a nuestro criterio, particular relevancia en las circunstancias actuales aunque no se le preste la atención debida, a pesar de relacionarse con la formación y comportamiento de las dirigencias, sobre todo - aunque no solo- las élites políticas por el papel institucional que asumen. Por caso, la candente situación europea, con algo de tragedia y farsa a la vez, está indicando que toda la dirigencia -política, económica y social- está anonadada. No obstante, Berlusconi, Merkel, Papandreu, Rodríguez Zapatero, Sarkozy *et alii* (Obama incluido), cada cual con sus yo y circunstancias, saben de qué se trata y qué hacer pero no pueden, no quieren, no saben o no se animan. ¿Por qué vacilan tanto? ¿Qué harán finalmente?, ¿será bueno que la UE se desintegre?, ¿y los costos mundiales de esa debacle? ¿Qué pasaría con las experiencias similares de otros continentes?, ¿no vamos acaso a un orden de bloques? ¿Qué los diferencia con Adenauer, De Gasperi o De Gaulle?

Por otra parte, las revueltas en el norte de África, iniciadas a principios de año en Túnez y concluidas hace poco con la ominosa caza de Kadhafi, ¿no ocurrieron básicamente por el cansancio de los respectivos pueblos, hartos de pobreza, corrupción y de concentración absoluta del poder? Tanto ellos como los muchísimos “indignados” de otras latitudes, ¿cuestionan sistemas o la calidad personal de sus gobernantes?

Desde el punto de vista ético, los paradigmas del relativismo, utilitarismo e individualismo no conforman a una humanidad que está requiriendo más que nunca solidaridad, responsabilidad y honestidad. ¿No está eso detrás del masivo reclamo social para rescatar valores ínsitos en la naturaleza humana y para trabajar mejor el bien común? Son fuertes señales de producir cambios en el comportamiento de las dirigencias, en especial, para mejorar la convivencia planetaria.

Lo dicho no obsta entender también que muchas veces tales cambios pueden ocurrir *desde* el mal, tanto por mala fe cuanto por la incompetencia y a pesar de que los gobernantes dispongan de suficientes recursos humanos y naturales. Irak y el 11 S bastan y sobran como ejemplos.

Sobre viejas y nuevas reglas de juego

Pese a las innumerables cuestiones para considerar, existe un *corpus* aplicable en materia de relaciones interestatales que se fue armando durante siglos y se expresa en ciertos principios, cuya aceptación y validez ha construido un “orden público” internacional. En todos los gobiernos existe una clara conciencia de lo que no se puede ni debe hacer: la eterna consigna de vivir honestamente, no dañar a otros y dar a cada uno lo suyo, aplicable tanto a las relaciones interpersonales como interestatales. Tal corpus es de evidente tradición occidental y cristiana y hunde raíces en el legado

grecolatino. ¿Suficiente para un planeta en que dos países como India y China concentran más de la mitad de la población mundial? Y el mundo islámico, pese a los preconceptos, ¿no tiene nada que aportar acaso? Las migraciones –forzadas o no–, el multiculturalismo, el decidido protagonismo de la sociedad civil, requieren afianzar reglas como la de igualdad soberana, buena fe en el cumplimiento de las obligaciones internacionales, solución pacífica de controversias y no uso de la fuerza y cooperación internacional, que conforman aquel orden público, pero no alcanzan sin ética, solidaridad y responsabilidad.

Las políticas de poder sostenidas por cada estado desde su aparición en la faz de la Tierra y en función de privilegiar sus intereses nacionales concretos, ha llevado al mundo al punto en que se encuentra. Hoy la pregunta es si son definitivamente incompatibles tales intereses singulares con los del género humano en su conjunto. Recursos naturales versus medio ambiente, crimen organizado y lavado de dinero sucio, corrupción global estructural, obligan a preguntar no solo hacia dónde vamos sino cuánto aportará cada quién para evitar una devastación por acción u omisión. Fuerza o derecho, confrontación o cooperación: esa es la cuestión.

Para entender mejor este planteo: el comportamiento de la comunidad internacional respecto de determinados espacios como la Antártida, los fondos marinos y oceánicos hoy de aprovechamiento común, el espacio ultraterrestre, la luna y otros cuerpos celestes, todos desnuclearizados, son casos de nuevos enfoques político-jurídicos y por ende de cambios de conducta ante la evidencia de que su afectación acarrearía perjuicios irreversibles para el género humano. Esos son espacios comunes declarados “patrimonio común de la humanidad” y su explotación ya esta acarreando nuevos desafíos. ¿Y qué pasará con espacios bajo jurisdicción estatal como las zonas económicas exclusivas y las plataformas continentales, cuya traza nomás generó incidentes? ¿Y el Ártico y la Antártida? La tecnología propone un nuevo tipo de responsabilidad estatal, pero no por eso cabría despojar a Brasil de la Amazonia o extraer el gas y petróleo en el subsuelo ártico sin perjudicar al planeta. Así son los tiempos en adelante, plenos de oportunidades y amenazas y las grandes potencias no cederán ni un milímetro el espacio de poder que construyeron en los últimos 200 años. Ya algo referimos al respecto cuando analizamos el discurso de Obama en el parlamento británico el 25 de mayo pasado¹.

Desde que la Paz de Westfalia impuso las primeras reglas de juego eurocéntricas relacionadas a la posición del estado moderno frente a los demás, la igualdad soberana, integridad territorial, independencia política, no intervención, libre determinación fueron los paradigmas que configuraron una comunidad internacional que se dividió entre potencias colonizadoras y pueblos colonizados. Ese mundo empezó a desmoronarse tras la primera guerra mundial, cuando vencedores y vencidos entendieron que la guerra no era un instrumento idóneo para traspasar riquezas de un país a otro. 10 millones de muertos en los campos de batalla terminaron con el orden eurocéntrico.

Al concluir la segunda, ya estaba claro que la guerra no debía ser jamás el medio idóneo para obtener objetivos nacionales, mucho menos utilizando armas de

destrucción masiva. Los vencedores se propusieron juzgar a los responsables de la agresión, preparar un orden económico bajo su absoluto control (los acuerdos de Bretton Woods) y construir un orden internacional que prohíba la amenaza o el uso de la fuerza, proponiendo a cambio la solución pacífica de controversias y la cooperación internacional en todos los ámbitos de interés humano. Sin embargo, algo malo sucedió para que hoy se reniegue de Bretton Woods² y de las Naciones Unidas³, cuyos sistemas no evitaron que los dos tercios de la humanidad estén sumidos en la pobreza y que la descentralización del uso de la fuerza no haya evitado Vietnam, el descalabro en los Balcanes, Afganistán, Irak o Libia, y sigue la lista.

Tal vez la respuesta esté en que ambos órdenes se construyeron con argamasa y ladrillos del orden decimonónico, reciclado en el siglo XX por dos actores excluyentes hasta 1991 al menos, cuando cayó el muro de Berlín e implosionó la URSS. Las bases ideológicas de Naciones Unidas (convenidas entre Churchill y Roosevelt en la Carta del Atlántico) son insuficientes para encarar los desafíos del siglo XXI, lo cual no quiere decir que no se deban invocar. Simplemente no alcanzan para lo que viene.

Si considerásemos como Isidro J. Ódena que el mundo no se adapta a cada doctrina de los estados sino que éstas se adecuan a los hechos, y que –citando a Amitai Etzioni- la trayectoria de los acomodamientos son un verdadero “cementerio de estrategias”, tal vez convenga relativizar las políticas “realistas” de poder como motor de las relaciones internacionales para enfatizar en las nuevas reglas de juego.

Imaginadores razonables

Durante los años 70 y 80 del siglo anterior han sido numerosos los intelectuales que han imaginado el siglo XXI con algo más de generosidad que los estrategas, a decir verdad. Desde el derecho internacional, el destacado docente de la Universidad de Columbia Wolfgang Friedmann en *La nueva estructura del derecho internacional* (escrito en 1964) auguró, justo después de la crisis de los misiles de 1962, tres niveles de comportamiento: la coexistencia como norma internacional, la cooperación universal y los agrupamientos regionales. Por su parte, mirando más hacia las relaciones internacionales, los norteamericanos Robert Keohane (U. Princeton) y Joseph Nye (U. Harvard) plantearon desde su obvio etnocentrismo la *interdependencia compleja* en su clásico *Poder e interdependencia. La política mundial en transición* (1977), analizando las “estrategias de vinculación” y la incidencia de la economía en ellas. Isidro Ódena, entre nosotros, también aportó con su agotado –y algo olvidado- *Entrevista con el mundo en transición* (1963). Los citados no se equivocaron al observarlo todo desde esa perspectiva de transición. Instalada la globalización tal como se la entendió a partir de los '90, el notable sociólogo alemán Ulrich Beck, buceando en las dimensiones, errores y respuestas de la globalización, analiza la conformación de una sociedad cosmopolita y su necesaria ubicación en la *soberanía incluyente* (*¿Qué es la globalización?*, 1998). El francés Zaki Laïdi, director de investigaciones en el Centro de Estudios Europeos de París, más desencantado escribió en 1994 *Un mundo sin sentido*, en el cual –analizando el fin de la guerra fría- aborda sin ambages la *pérdida de sentido* y la disolución de vínculos en Europa y el mundo entero, a la vez que propone avanzar en una nueva descentralización del poder por vía

de la regionalización. Desde el neomarxismo, el egipcio Samir Amin (*Más allá del capitalismo senil*, 2001) enjuicia el “modelo” de la segunda posguerra y propone un siglo XXI no norteamericano a través de un mundo multipolar. El indio Amartya K. Sen, premio nobel de economía 1998 y actual profesor en Harvard, en su libro *Bienestar, justicia y mercado* (1997), bucea en los errores y horrores de la desigualdad social, enjuiciando la economía de bienestar utilitarista y sus efectos de *consecuencialismo* y *bienestarismo*. Ni qué decir del sombrío *Planeta sediento, recursos menguantes* (2008) de Michael Klare, describiendo en este siglo los nuevos conflictos estratégicos que pueden tirar por la borda las buenas intenciones que pusimos en esta nota. Desde la filosofía del derecho, Martín D. Farrel, profesor de la UBA, en *Ética en las relaciones internacionales* (2003), refiere a las tensiones entre soberanía nacional y derecho de gentes, si el pluralismo cultural habilita el pluralismo moral y la vigencia del consecuencialismo ético.

Podríamos seguir sumando nombres de lectura imprescindible, pero esta breve aproximación en suma es la manera de acercarnos al ojo de la tormenta. Si no estamos atentos a los signos de los tiempos, si no profundizamos los análisis y debates de mediano y largo plazos, no esperemos paz y bien para las generaciones que nos siguen y nos reclaman resultados. En fin, prohibidos los preconceptos y prohibido no pensar. Los lectores habrán advertido, finalmente, varios tópicos flotando en el aire. Es verdad, será motivo para una nueva nota.

¹ Revista *Claves* nº 202, Salta, agosto 2011.

² Ver “Los acuerdos de Bretton Woods y lo que viene”. Revista *Claves* nº 179. Salta, mayo de 2009.

³ Ver “Cincuenta años de la Organización de las Naciones Unidas”. Revista *Claves* nº 40. Salta, junio de 1995.